



Literatura / Novedad

«En Cuba, la historia se detiene en 1959»

La escritora cubana Wendy Guerra explora en 'Negra' la huella del racismo en la isla

MATÍAS NÉSPOLO / Barcelona

El laconismo de su título poco tiene que ver con la exuberancia verbal, sensorial y estilística que despliega. Y la llaneza de su sentido se abre a un oscuro abanico de conflictos soterrados que enturbian el blanco hacia el que apunta el tema de la obra. Cosa que dificulta la posibilidad de definirlo con una sola palabra, aunque la más acertada sea racismo.

Se trata de *Negra* (Anagrama), la ambiciosa y provocadora cuarta novela de la narradora y poeta cubana Wendy Guerra, cuyas maneras cautivan a buena parte de la crítica desde que arribara a España en 2006 con *Todos se van* (Premio Bruguera). Y a pesar de la sensualidad del lenguaje y de la aparente sencillez de la trama, la obra no se lo pone fácil al lector. «Es un libro un poco incomprensible porque habla de un lugar en Occidente donde los artefactos electrónicos y la moral occidental no pueden entrar, porque se quedan trabados en la aduana del aeropuerto», bromea en referencia a Cuba, donde Guerra aún no ha publicado y sus títulos están prohibidos.

Negra es la protagonista y negra es la historia con tintes de tragedia de Nirvana del Risco, una imponente modelo de color dispuesta a probarlo todo y a enfrentarse a todos los prejuicios en un periplo que enlaza La Habana, París y el Caribe en tres relaciones encadenadas. Y en las peripecias de Nirvana, el motivo de la negritud y el racismo se combinan con la política, el sexo e incluso la religión, al recurrir al culto afrocaribiano de la religión y la mitología yoruba con pócimas y embrujos incluidos.

Pero sin duda, el racismo marca un eje en la novela, que trata paradójicamente de una sociedad profundamente mulata o mestiza. «Por mucho que un Estado dicte leyes para que esto no ocurra, el trabajo hay que hacerlo en el alma de las personas», explica Guerra, que además del espinoso tema también se ocupa «del abuso infantil y de la ausencia del poder femenino». Condicionantes de vivir «en un país de tópicos muy eurocéntrico, pero en cambio con problemas muy emergentes», dice, «y me sentía llamada a tratarlos, es mi aporte desde la literatura», aclara.

La escritora cubana Wendy Guerra, durante una visita a Madrid.
/ G. ARROYO



La negritud y la xenofonia se combinan con la política y el sexo

«En Cuba los intelectuales hablamos desde un país blanco», dice

«La que me interesa es la literatura de la ropa interior, lo que hay por debajo»

«La gente piensa que no es racista, pero lo es», dispara la poeta. Y aunque reconoces que el problema

no es sólo cubano, porque también se ocupa del tema en las páginas parisinas de la novela, hacia su tierra apunta los dardos. «En Cuba los intelectuales hablamos desde un país blanco y no lo es, sino fruto de una mezcla racial», dice. «Quería tratar el conflicto porque negra soy yo, somos todos los cubanos», enfatiza la autora por cuyas venas corre sangre africana e incluso china, pese a la palidez de su piel.

La bisexualidad de la protagonista es otro conflicto, nacido del prejuicio, al que se enfrenta Guerra, para revisar «cómo afronta la sexualidad una generación de gente que ama y no se detiene a pensar si es hombre o mujer», aclara. Cosa que le resulta más que lícita y comprensible, «porque tenía que venir algo así después de la Revolución cubana y Mayo del 68». Y la delgada línea que enlaza Sierra Maestra del 59 con el mayo francés es otra de las aristas en las que la prosa de Guerra se afila. «Juego con el tópico de los apareamientos de la izquierda en los 60, en lo

que yo llamo la *gauche sucrée*: los franceses se endulzaron con el terrón de azúcar del trópico que luego se hizo agrio», dispara.

Lo que le interesa a Guerra es «la literatura de la ropa interior», dice, en referencia a «lo que va por debajo de la gente y no se ve, el interior de las cosas»; como ocurre con Rulfo que «al leerlo comprendes muchas cosas de México que, aunque no estén sucediendo, están por debajo», explica. De allí que empenara dos años de investigación en la religión afrocaribiana y el culto yoruba de la Regla de Ocha, «muy extendido pero la gente no podía reconocerlo», cosa que ha evolucionado «desde la visita del Papa que abrió el camino a las religiones».

Pero donde el régimen no da muestras de apertura es en la publicación de autores no adeptos, de allí que Guerra sueñe con abrir una pequeña editorial alternativa en la isla. «En mi país no hay libros de historia contemporánea, porque la historia se detiene en 1959», fustiga.